

EL PRENDEDOR

Escrito por: Masala

Beatriz de Castro se dispone a bajar del carruaje a la puerta del castillo. Hoy van a saber quién es gente en este villorrio: tendrán que fijarse en ella, empezando por los señores de la casa, esos Mendoza y toda su recua de cortesanos aduladores.

“Nadie, jamás —resopla Beatriz de Castro—, volverá a mirarme por encima del hombro” —porque precisamente mirarán a su hombro: todos los ojos se han de volver hacia el broche que lleva prendido en la túnica, deslumbrados por su centelleo, su pureza, las filigranas de oro blanco rondando como brazos alrededor de una extraña piedra verde. No parece mineral, tan perfecta como es. La superficie redondeada y esos reflejos opalinos desprenden un fuego suave, que antes no se habían visto en estas tierras.

Su piedra es única. Traída expresamente desde Catay, donde la llaman jade. Cuentan que allí matan a los niños que nacen con ojos verdes, para que nada compita con el jade. Por ésta morirían muchos, seguro.

Finalmente, la dama retoca su vestimenta y sale del carruaje. Duda si apartar de un puntapié a ese insolente mozo de cuadra que le abre la portezuela, pero que la oculta del público, su público admirador.

Beatriz de Castro no sabe que ese mozo de cuadra se llama Pascual, y que no va a poder reprimir el impulso de abalanzarse contra el sol verde que la señora luce en su túnica, arrancándolo de un tirón limpio.

“Chilla, cabra loca” —rumia Pascual trotando—. “No vais a atraparme. Tengo tantos escondrijos como amigos en este muladar”. La guardia se le echa encima, pero él escapa arrastrándose por un túnel de contramina bajo la muralla. En campo abierto, sin luna, ya pueden caerle encima a todas las partidas de siervos. “¡Siervos! —escupe Pascual—. Yo ahora soy un rico señor. Algún día vendréis a pedirme limosna”.

Pasa una noche y un día oculto bajo los pilotes del molino, pero alguien ha dado aviso y le echan los perros. Acosado, Pascual reniega de ese malparido Rufo, el molinero que denunciaría a su propio asno por el aprecio del cacique Mendoza.

Pascual gana el río, confiando en que la jauría pierda su pista. Los desorientará si en lugar de alejarse del pueblo, tuerce de regreso aguas arriba. Quiere alcanzar el taller de su amigo Blas, donde le refugiarán seguro. Se detiene junto a un castaño, para recobrar aliento. Aprieta el broche verde en su puño y continúa la carrera mientras los perros atronan más abajo.

Campanero, el mastín que guía la persecución, se concentra en la recompensa de su señor si caza al hombre que huye hacia el río. La orden no ha sido detener. La orden ha sido matar, y tiene ese mandato inyectado en su cerebro. El aire trae claramente un olor de miedo bajando por el río. El perro enfila el rastro por la ribera, y su boca jadeante no tarda en atrapar un muslo envuelto en telas. El hombre grita y se revuelve con saña. Campanero ve llegar a sus compañeros furiosos, y entonces siente una punzada en el lomo. Piensa que a alguno se le escapó la mordedura, pero se limita a gruñir y a continuar tirando dentelladas.

Blas, el aprendiz de alfarero, está junto al taller de su padre cuando oye ladridos en el río. No es hora de pastoreos ni cacerías. ¡Alma de Cristo! —piensa Blas cuando ve a los animales como un enjambre gigantesco, sin saber que ese cuerpo despedazado es el de Pascual, su compañero desde la infancia.

Poseído, Blas irradia una fortaleza que no se corresponde con el cuerpo enteco, su voz tiene una autoridad que hace huir a los perros, excepto al mastín negro, que se adentra en los cañizos chorreando sangre por el espinazo. Blas se arrodilla junto a los restos de su amigo. Implora al Señor: “Dios de Justicia, lleva contigo a esta criatura atormentada. Tú y yo sabemos que fue un buen hombre”. Y ahí sigue postrado cuando llegan los guardias, más rabiosos que los perros. Nada sabe Blas sobre esa joya robada que le reclaman. No sabe por qué le atraviesan el alma con una espada, pero acata su destino ofreciéndose al Señor celestial mientras siente un dedo húmedo de muerte en sus entrañas, como resbalando sobre arcilla fresca.

Con un sobresalto, el padre de Blas frena el torno donde está brotando una vasija. Mira por el ventanuco y a lo lejos reconoce a su hijo tendido boca arriba. Echa a correr, y cuando llega al espanto, ante el cadáver de su propia carne mezcla sollozo aliento sangre y barro. Le han matado al muchacho bondadoso, la criatura que él hizo crecer sin ayuda de madre. Prometió a aquella santa mujer no llevarlo por el camino de las armas.

El padre oye que regresa la guardia buscando algo, oye que regresa con perros —falta Campanero—, y oye que regresa una voz antigua dentro de su mente: la voz que le agitaba de joven, cuando luchó a las órdenes del bravo señor, destripando ejércitos enemigos y clamando destrucción. El grito dormido que ahora vomita su garganta, convertido en un ser feroz. Desgarro de muerte sobre las heridas de su hijo.

Amanece. Todo es ruina alrededor del castillo. Las iras de los siervos se han levantado como vientos estrellándose en la muralla. Campesinos y artesanos, empujados por un alfarero enloquecido, se baten contra milicias a sueldo.

El señor ha abandonado su castillo aparentemente intacto. Sin embargo, dentro todavía parpadean ecos del fuego que lo ha arrasado.

Pasan días, meses. El sol y la lluvia desmoronan chozas y tapias. En el risco, el alcázar permanece afilado, pero el resto de formas se redondea con el tiempo. Entre los cañizos del río, cuando ya se han apagado las luciérnagas, sigue habiendo un brillo inquietante. Destellos que nunca antes se vieron por estas tierras. Un color verde por el que muchos matarían. El rocío ha descubierto algo sobre el pellejo podrido de un perro, el mastín al que un siervo clavó ese hermoso broche de la desgracia.